

## ACENTO LATINO CLÁSICO Y ACENTO 'VULGAR': EL TIPO *TENEBRAE*

El problema que aquí nos ocupa afecta exclusivamente al grupo formado por una consonante oclusiva más *r* tras vocal breve<sup>1</sup>. En él se involucran dos aspectos distintos y no siempre interdependientes: el corte silábico y el acento.

Los hechos más comúnmente admitidos pueden reconstruirse así:

### I. EL CORTE SILÁBICO

a) En latín preliterario la vocal breve recibe el tratamiento habitual de este tipo de vocales en sílaba cerrada. Ello hace suponer una articulación heterosilábica, con el corte entre la oclusiva y la *r*. Así, ejemplificando con *integrum* (formado por *in* + *\*tagro-m*, de la misma raíz que *tango*) la silabación sería *integ/rum*, pues de un corte tautosilábico habría resultado *\*inti/grum*. Y lo mismo sucede con *palpebra* (vid. *palpi-to*); *consecro*, *impet/ro* (tratados como *infec/tum* frente a *inf/cio*), etc.

Según A. Meillet y J. Vendryes<sup>2</sup>, lo que en realidad motiva ese tratamiento de la vocal es la geminación de la oclusiva, heredada del

<sup>1</sup> Puesto que faltan ejemplos en el habla coloquial que permitan sacar conclusiones sobre la posición del acento en palabras con vocal breve seguida de oclusiva más *l*. Tampoco hay muchos en la lengua literaria, que ha generalizado para este grupo la vocal de apoyo (*poculum* junto a *poclum*; *iugulans* junto a *iuglans*; *stabulum* y *stabilis* de *\*stadh1*; *Hercules*, *Alcumena* de Ἡρακλῆς y Ἀλκυόνα, etc.).

<sup>2</sup> A. Meillet, J. Vendryes, *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, París, 1979<sup>5</sup>, pág. 131 y sig. (parágr. 203).

indoeuropeo y documentada en otras lenguas de la familia, ante líquidas y semivocales.

b) El latín literario, sobre cuyo carácter artificial no hace falta insistir aquí, presenta dos posibilidades: una, que podríamos llamar regular, tautosilábica, es decir con la oclusiva en posición explosiva, *inte/grum*, o, utilizando un vocablo documentado en Virgilio y otros poetas bajo las dos silabaciones y que pasa a las lenguas romances, *tene/brae*<sup>3</sup>.

Otra, heterosilábica, cortada por tanto *integ/rum*, *teneb/rae*, como variante métrica introducida por Ennio y Lucilio a partir de la poesía griega, donde remonta hasta Homero<sup>4</sup>. Falta en los comediógrafos latinos, quienes siguen en esto también a sus modelos, fieles a la llamada «*correptio Attica*»<sup>5</sup>.

Esta distribución heterosilábica es regular en los compuestos donde se da la combinación «oclusiva más r (o l)» del tipo *ob/ruo*, *ab/rado* (*ob/litus*, *ob/latus*), según testimonian los propios gramáticos latinos<sup>6</sup>, ya desde los primeros autores incluyendo a Plauto y Terencio

*ab/ripió*: Plavt. *Curc.* 695; TER. *Andr.* 786;

*ob/repo*: Plavt. *Poen.* 14;

*ab/lego*: Plavt. *Mil.* 869; TER. *Hec.* 414;

*ob/litum*: Plavt. *Curc.* 589—.

<sup>3</sup> Virgilio lo mide con penúltima breve doce veces, cuatro más que con larga, lo cual puede considerarse equilibrado si se tiene en cuenta que esta articulación ocupa sólo la posición final del verso y aquella puede variar (vid. *Georg.* 3, 401; *Aen.* 2, 92, 6, 734, 7, 325, 8, 259, 8, 591, 8, 658, 9, 34, 9, 150, 9, 384, 11, 187, 11, 824, frente a *Georg.* 1, 248, 3, 551; *Aen.* 3, 195, 5, 11, 6, 238, 6, 545, 8, 255, 9, 425). Ovidio, en cambio, prefiere con mucho la primera: más de treinta ejemplos, frente a dos: *Met.* 5, 443, 7, 703 (o tres si se añade frg. 4, 2). A la inversa, Lucano presenta catorce finales de verso (penúltima larga) frente a doce no finales (penúltima breve). Todo ello según los datos del *Lexicon zu Vergilius* de H. Merguet (Leipzig, 1912 — Hildesheim, 1960) y de las concordancias de Ovidio (R. J. Deferrari, M. I. Barry, M. McGuire, *A Concordance of Ovid*, volumen II, Washington, 1939 — Hildesheim 1968) y Lucano (R. J. Deferrari, M. W. Fanning, A. J. Sullivan, *A concordance of Lucan*, Washington, 1940 — Hildesheim, 1965).

<sup>4</sup> En Homero el alargamiento de la sílaba precedente es lo normal, según P. Chantraine, *Grammaire Homérique* I, París, 1973<sup>5</sup>, pág. 108, parágr. 47.

<sup>5</sup> Precisamente porque es un rasgo característico de la comedia ática. Vid. por ejemplo W. J. W. Koster, *Traité de métrique grecque*, Leiden 1953<sup>2</sup>, pp. 40-41.

<sup>6</sup> Como Prisciano, del que tomo los verbos citados y reproduzco el pasaje que los menciona (*gramm.* II 46, 10 ss.): *obicitur tamen huic illud, quod oportet ergo «oblitus», «oblatus», «obruo», «abrado» et similia, si b transit in secundam syllabam more simplicium dictionum, primam communem habere in metris, ut possit etiam corripi: s e d h o c n u s q u a m i n u e n i t u r.*

c) El latín llamado «vulgar» documenta, también ante *r* y *l*<sup>7</sup> esporádicas reduplicaciones de la oclusiva, lo cual puede ser síntoma de una tendencia al alargamiento de ésta con el subsiguiente cierre de la sílaba precedente, pero generaliza la articulación que la mantiene abierta, *tenebrae*, como se puede comprobar por los eventuales testimonios de textos con la separación de las sílabas marcada<sup>8</sup>, y sobre todo por los resultados romances. En este aspecto de la silabación coincide, pues, con la norma generalizada en el latín literario y discrepa del preliterario.

## II. EL ACENTO

a) Para la lengua preliteraria se postula un problemático, aunque generalmente admitido, acento de intensidad inicial: *íntegrum*, *péllecebrae*.

b) El latín literario no hay duda de que se rige por la llamada «ley de la penúltima». Según ella la silabación normal para el grupo «oclusiva más *r* tras vocal breve» comportaría una acentuación proparoxítona, sobre la antepenúltima, en las palabras de más de dos sílabas: *íntegrum*, *pellécebrae*.

Por otra parte es un hecho que la mayoría de los ejemplos de silabación con *r* explosiva, es decir, con corte tras la oclusiva, que presentan los poetas clásicos ocupan en el verso una posición donde habitualmente coinciden acento y tiempo fuerte, sobre todo el arsis del último pie del hexámetro<sup>9</sup>.

A ello hay que añadir el testimonio expreso de Quintiliano, quien, a propósito de Virgilio, *Geórg.* 3, 243<sup>10</sup>, afirma: «sucede que también la estructura métrica hace cambiar el acento». Y a continuación,

<sup>7</sup> CIL VIII 111 *frat̄tre*; CIL III 10327 *patri*; CIL VIII 2728 *latrones*; CIL XII 1939 *suprema*; CIL XIII 2314 *suppremos*; CIL XII 86 *peregre*; CIL VIII 3757 *Agrippina*; Def. 140, 9 *obbripiationis*; CIL X 1873 *duppliciar*; CIL XI 4978 *dupplex*; Def. 268, 1 *obblegate*...

<sup>8</sup> Vid. W. S. Allen, *Vox latina*, Cambridge, 1970<sup>2</sup>, p. 90: *pa.tri*, *pub.licia*.

<sup>9</sup> Cf. lo dicho en la nota 3 a propósito de *tenebrae*. También son frecuentes *latebra*, *tonitrum*, *uolucris*...; precisamente con este último construye Ovidio un muy citado ejemplo de enantiometría: *Met.* 13, 607 *et primo similis u o l ũ c r i*, *mox uera u o l ũ c r i s / insonuit pennis*.

<sup>10</sup> Repetido en *Aen.* 4, 525.

tras mencionar el final del citado verso *...pecudes pictaeque uolucres*, añade «pues debo leer *uolucres* con la sílaba media acentuada porque, aunque breve por naturaleza, es larga por posición»<sup>11</sup>.

c) Por contra, el habla vulgar, según los testimonios romances, acentúa la penúltima, tratándola además como vocal breve en sílaba abierta:

de *tenébrae* derivan cast. 'tinieblas', ant. fr. 'teniebres', port. 'trevas'; de *intégrum*, cast. 'enteró', fr. 'entier', ital. 'intiero', port. 'enteiro', rum. 'intreg';

de *colóbra*, cast. 'culebra' a partir de 'culuebra', ant. fr. 'coluevre', que pasa luego a 'couleuvre', ant. prov. 'coloura', port. 'cobra'...

Podemos añadir aquí la afirmación de Isidoro de Sevilla en las *Etimologías*, obra terminada a comienzos del segundo tercio del siglo VII, aunque con fuentes remontables bastante atrás en el tiempo, el cual califica de «barbarismo» la acentuación proparoxítona: «barbarismo es la pronunciación de una palabra con una letra o un sonido corrupto...; un sonido si se alarga (*producatúr*) la sílaba primera en lugar de la de en medio, como *látebrae*, *ténebrae*»<sup>12</sup>. Aquí está claro que *producatúr* hace referencia al acento intensivo, no a la cantidad silábica clásica; la paroxítona, pues, se ha convertido en la pronunciación correcta.

En todo caso, la acentuación vulgar discrepa de la regularizada en latín clásico, proparoxítona, y también de la preliteraria si se admite el acento inicial.

Hay que dilucidar, pues, cuando menos dos puntos: cómo se explica esa discrepancia entre la acentuación preliteraria (intensidad inicial), la literaria (según «ley de la penúltima») y la vulgar (que no tiene en cuenta tal «ley»), y la época en que tuvieron lugar los distintos pasos.

Evidentemente nos movemos en el terreno de las hipótesis. Y éstas tienen que poner en juego algo tan controvertido y por ahora sin solución convincente como la naturaleza, condicionamientos y crono-

<sup>11</sup> Quintil. *Inst.* 1, 5, 28 *euenit ut metri condicio mutet accentum: pecudes pictaeque uolucres; nam uolucres media acuta legam, quia etsi natura breuis, tamen positione longa est, ne faciat iambum quem non recipit uersus herous.*

<sup>12</sup> Isid. *Etym.* 1, 32, 1 *barbarismus est uerbum corrupta littera uel sono enuntiatum... sono si pro media syllaba prima producatúr, ut latebrae tenebrae.*

logía de la «ley de la penúltima», de manera especial en relación con el habla cotidiana. Por eso las conclusiones han de seguir siendo provisionales.

Comencemos por la de F. Neumann<sup>13</sup>, que postula el desarrollo de una vocal anaptíctica entre oclusiva y *r*, la cual haría 'avanzar' el acento de acuerdo con la mencionada «ley» y desaparecería posteriormente al quedar en postónica tras intensivo: \*téneb(e)rae > \*te-néberae > *tenébrae*. Esta hipótesis recibió un gran apoyo en la indudable autoridad de M. Niedermann, y ha sido ampliamente propagada gracias a la enorme difusión de su todavía indispensable manual, cuya última versión en francés, precisamente la que obtuvo el respaldo que supone ser traducida al alemán, es, si no me equivoco, de 1953, aunque existe alguna reedición posterior (la cuarta de 1968, reimpressa en 1985)<sup>14</sup>. Ello hace que aún se siga aceptando, o al menos citando sin discusión, como ocurre, por poner un ejemplo entre los manuales de lingüística románica, con el relativamente reciente de I. Jordan y M.<sup>a</sup> Manoliu, que es de 1972<sup>15</sup>.

Pues bien, tal hipótesis está lejos de resultar convincente, pese a tan magníficos avales. Los ejemplos documentados son escasos, sobre todo en medio de dicción, y así lo señalaba W. A. Baehrens en su comentario de la *Appendix Probi*<sup>16</sup>; aunque es posible que ello se deba al hecho de ser pronunciaciones coloquiales, las cuales, precisamente por eso, no se reflejan en la grafía, como apunta el mismo M. Niedermann en el *loc. cit.*

Por otra parte, el latín y las lenguas romances no parecen haber tenido especiales dificultades en mantener el grupo oclusiva más líquida hasta el punto de verse en la necesidad de generalizar la vocal de apoyo, cuya pérdida se haría después igualmente general, provocando la «reaparición» de la situación primera.

M. Leumann hace notar además que la mayoría de los ejemplos de anaptixis no son en sí testimonio de pronunciación popular, sino que parecen provocados por dificultades de articulación sobre todo

<sup>13</sup> F. Neumann, *ZRPh* 20, 519 ss.

<sup>14</sup> M. Niedermann, *Précis de phonétique latine*, París, 1985, págs. 24-25.

<sup>15</sup> I. Jordan, M.<sup>a</sup> Manoliu, *Manual de lingüística románica*, Madrid, 1972, pág. 124.

<sup>16</sup> W. A. Baehrens, *Sprachlicher Kommentar zur Vulgärlateinischen Appendix Probi*, Halle, 1922, págs. 9-10.

en hablantes extranjeros<sup>17</sup>; lo popular es más bien la síncope, que se da con mucha mayor frecuencia y extensión.

En fin, y esto me parece de especial significación, la vocal de apoyo se desarrolla normalmente en la tónica o en sus inmediaciones, no separada de ella por una sílaba, como sería el caso aquí; y así se puede comprobar en los testimonios epigráficos

tónica: CIL I<sup>2</sup> 401 *mac[ī]steratus* (probablemente analógico de *magister*<sup>18</sup>);  
 CIL VI 10554 *nutrices*; CIL VIII 6255 s. *Quaderati*;  
 pretónica: CIL I<sup>2</sup> 33 *Terebonio*; CIL VIII 19928 *Extericata*; CIL VI 32202  
*Hadrianae*; CIL III 4908a *Cerescenti*;  
 postónica: CIL 5015 *materi* (que podría ser analógico del nominativo singular, como *frateres* —CIL III 9735— o *pateres* —BRAH 44, 1904, pág. 129—<sup>19</sup>); CE 920 *expectara* (*'spectra'*); DIEHL 584 *supera*; DIEHL 294 *infera* (donde asimismo acabe analogía, con *super* e *inferus*, etc., respectivamente)

y en los mismos vocablos paralelos del francés que aporta M. Niedermann a su explicación: antiguo francés 'souverain', que pasa a 'souverain'; pronunciación popular moderna, no testimoniada gráficamente, 'ouvèrier' por 'ouvrier'.

Dejando, pues, definitivamente de lado la explicación por anaptixis, no sólo indemostrable, sino contraria a los hechos, pasemos a la de W. A. Baehrens, que se lee en el mencionado comentario de la *Appendix Probi* (pág. 10), la cual, según su propia indicación, tiene en cuenta una anterior de E. Hermann<sup>20</sup>.

Éste parte de un acento secundario en la vocal que precede a la oclusiva (*\*intèg/rum*, *\*pèllecèb/rae*) desarrollado antes de que la antigua intensidad inicial dejase paso a la «ley de la penúltima» y la apertura de la sílaba. Tal acento se haría principal en el habla cotidiana, que permanecería al margen de la mencionada «ley» una vez que ésta impusiera a la lengua literaria la articulación proparoxítona.

<sup>17</sup> M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, Munich, 1977, pág. 104, parágr. 115.

<sup>18</sup> Como indica ya W. A. Baehrens, *ob. cit.*, pág. 9. Se conocen otros testimonios. Diehl 257 *magisteratus*. Vid. también CIL I<sup>2</sup> 59 *magistere*, nominativo plural.

<sup>19</sup> Citado por L. Rubio, V. Bejarano, *Documenta ad linguae latinae historiam illustrandam*, Madrid, 1955, pág. 101 (n.º 432a).

<sup>20</sup> E. Hermann, «Zur lateinischen und romanischen Betonung», *ZVS* 48, 1918, páginas 102-110.

W. A. Baehrens no admite, con razón, la hipótesis del acento secundario como desencadenante del desplazamiento, porque tal acento, en todo caso débil, lo sería aún más tras la apertura de la sílaba <sup>21</sup>, y supone que ésta debió de tener lugar no antes, sino después de que entrara en vigor la «ley». Con lo cual, de *ínteg/rum, pélleceb/rae* se habría pasado primero a *intég/rum, pellecéb/rae*; y a partir de ahí el cambio a la tautosilábica, *inte/grum, pellece/brae*, obligaría a la lengua literaria a retrotraer el acento a la antepenúltima (*integrum, pellicebrae* <sup>22</sup>), mientras que la coloquial perseveraba en la articulación primitiva.

Se propone así una cronología temprana de la acentuación vulgar que evita las soluciones de continuidad en la historia evolutiva de estos hechos y es apoyada por numerosos autores. Entre ellos, M. Leumann, que sin embargo, manifiesta sus reservas sobre todo en relación con la ausencia de paroxítona en los comediógrafos <sup>23</sup>. Pero sobre esto volveremos más adelante.

En todo caso, los datos a nuestro alcance —geminación de las oclusivas indoeuropeas ante líquida (y semivocal), corte silábico de la lengua preliteraria— sugieren un especial cuidado en la articulación de este grupo <sup>24</sup>; cuidado que no desaparece del todo ni siquiera en época histórica y en contextos lingüísticos propicios a la articulación tautosilábica, donde lo vemos esporádicamente, al menos desde el siglo II de Cristo, bajo las grafías geminadas a las que me he referido más arriba <sup>25</sup>.

<sup>21</sup> Tal hipótesis ha sido de nuevo apoyada recientemente por Ed. Lienard en el coloquio de Morigny sobre el acento latino. Su intervención lleva el título «Accent tonique et hexamètre dactylique» y ocupa las páginas 6 a 17 de la correspondiente publicación (*L'Accent latin*, París, 1982). Pero pueden verse en la página 18 las reservas emitidas al respecto por los asistentes al coloquio, sobre todo en relación con la dificultad de admitir que dos sílabas contiguas lleven acento.

<sup>22</sup> Acentuada precisamente en la vocal que quedaría átona entre el acento de intensidad inicial y el supuesto secundario.

<sup>23</sup> M. Leumann, *ob. cit.*, pág. 243, parágr. 239.

<sup>24</sup> Y, al menos en una acentuación de intensidad inicial, también quizá de la vocal precedente, que en un supuesto proparoxítono tendería a la síncopa, ocasionando, caso de producirse ésta, fronteras silábicas aun más complejas y grupos de consonantes inadmisibles en la lengua (sí *-nbr-* de un supuesto *\*ten()brae*; pero no, vgr., *-igr-* de *\*int()grum* o *-pbr-* de *\*palp()brae*..).

<sup>25</sup> Y que se podría deber a su posición postónica, la cual, como es sabido, refuerza la tensión articulatoria de la consonante, en un fenómeno semejante, con todas las reservas que la comparación entre dos lenguas tan distintas pueda suscitar, al observa-

Sin embargo, se ve contrarrestado con fuerza a lo largo de la historia del latín, hasta el punto de que, precisamente ante *r*, las oclusivas sufren procesos de debilitamiento, como ante vocal, documentados en inscripciones<sup>26</sup> y reflejados en determinadas zonas románicas<sup>27</sup>. Ello puede ser efecto de la tendencia de la lengua tanto literaria como coloquial hacia las sílabas abiertas, que tiene uno de sus indicios en esta generalización del corte tautosilábico en un grupo por otra parte especialmente propicio para ello, dada la índole fónica del segundo elemento, el más próximo en intensidad articulatoria a las vocales<sup>28</sup>. Por otra parte no debe perderse de vista que es el único admitido regularmente en inicial de palabra, por lo cual sería muy

---

do por E. Higginbotton, «Glottal reinforcement in English», *TPhS* 1964, pág. 129 (que recoge W. S. Allen, *Accent and Rhythm. Prosodic Features of Latin and Greek*, Cambridge, 1973, pág. 57), para el inglés, donde la oclusiva seguida de líquida (y semivocal), es reforzada sólo si la vocal precedente lleva el acento. Otra explicación propone S. Kiss, *Les transformations de la structure syllabique en latin tardif*, Debrecen, 1971, quien, refiriéndose a las tendencias de la evolución tardía, escribe (pág. 90) «En ce qui concerne la combinaison «ocl. + liquide» à l'intérieur, on peut y relever également les signes d'un décalage de la frontière syllabique, qui va se placer dans certains cas entre les deux consonnes, pour simplifier ainsi le marge initiale de la deuxième syllabe», y remite a la página 41 y sig. donde, además de ejemplos que ya he citado entre otros en la nota 7, menciona Alb. II 3-4 *Capprarianensium*; Alb. II 8 *obbrediacos* (= *obryziacos*); Alb. III 46; VII 26 *suppra*; Alb. XVIII 20 *suppradiciam*; Alb. XVIII 33 *supprascriptiam*; Alb. IV 37; X 21; XXVIII 13 *patris*. En cualquier caso, el número de los testimonios y su alternancia dentro de los textos en que se encuentran con otras palabras donde el grupo no aparece geminado, deja la cuestión en el aire a la espera de un estudio más detenido.

<sup>26</sup> Dejando aparte la desaparición de *d* en *quadraginta*, *quadagesima* (vid. *CIL* XIII 11032 *quaraginta*; *CIL* VIII 12200 *qaragita*; *CIL* XIII 7645 *quarranta*) por asimilación, generalizada ya en el habla común, como lo prueba su reflejo en todas las lenguas romances, cf., por ejemplo, *CIL* IV 1613 *Agratus* (de \**Ἀκρατος*); *CIL* IV 2400 *Arpogra* (de \**Ἀροκράς*); *CIL* IX 648 *lagremas*; *CIL* XIV 3571 *sagrum*; *CIL* XIII 1489 *abrili*; Hübner *IHCh* 336 (Rubio-Bejarano 1028) *lebra*; *CIL* VIII 373 *Harum*. (*Hadrumeto*)...

<sup>27</sup> H. Lausberg dice textualmente: «El tratamiento de la consonante responde frecuentemente al que recibe entre vocales» (*Lingüística románica*; traducción de J. Pérez Riesco y E. Pascual Rodríguez, vol. I, Madrid, 1970, pág. 374, parágr. 419) y señala como zonas de resistencia los dialectos sardos centrales, rumano y suditaliano.

<sup>28</sup> Por ejemplo en la escala acústica de O. Jespersen (*Lehrbuch der Phonetik*, Leipzig, 1932<sup>2</sup>, pág. 191) ocupa la posición entre las laterales y las vocales altas, y en la de H. Fletcher, *Speech and Hearing*, Nueva York 1953, pág. 86 (citado por R. A. Zirin, *The Phonological Basis of Latin Prosody*, La Haya, 1970, pág. 19), que marca el «phonetic power», dobla con creces a la inmediata inferior, *l* (que tiene 100), y queda muy cerca de la superior, *i*, que tiene 220, frente a sus 210.

frecuente su articulación tautosilábica, sin influir sobre la sílaba precedente<sup>29</sup>.

Como decíamos, M. Leumann, entre otros, se hace eco de un importante reparo a la antigüedad de la acentuación coloquial: su desconocimiento por parte de los comediógrafos, tan cercanos en muchos aspectos al habla cotidiana. Dejando a un lado los intentos de encontrar en ellos ejemplos de tal articulación<sup>30</sup>; dejando asimismo de lado explicaciones como la de W. A. Baehrens, que veía ya la dificultad e intentó soslayarla sobre la base de que Plauto ha mantenido igualmente apartado de sus comedias, por ejemplo, el nominativo plural en *-as*, coloquial, no ya sólo dialectal en la Roma de su tiempo<sup>31</sup>, la explicación puede venir por otro camino: esta acentuación no está de acuerdo con la «ley de la penúltima» a la que obligatoriamente se atiene la prosodia de la lengua poética latina que utilizan los comediógrafos, ajenos incluso a la doble silabación, como licencia tomada de sus modelos, porque éstos la ignoraban.

En cambio la literatura sobre todo hexamétrica, a partir de Ennio y Lucilio, sí incorpora una licencia que tomó directamente de la alta poesía griega y utiliza con relativamente poca frecuencia, lo cual permite llamarla con toda propiedad licencia e innovación dentro de la lengua culta.

Así las cosas, la «tensión» sería entre las dos acentuaciones y a nivel popular, puesto que es el latín escrito el que influye sobre el coloquial, especialmente a través de la escuela, pero también de la propia literatura. Y en teoría podría haber triunfado haciéndole re-

<sup>29</sup> Ver las palabras de H. Lausberg a este respecto: «nótese que tiene valor de regla completamente natural el hecho de que una sílaba pueda comenzar con un grupo de consonantes capaz de ir (en la lengua respectiva) al comienzo de palabra, por tanto *pa/trem* (cf. *tres*), pero *cap/sa* (pues ninguna palabra genuinamente latina comienza por *ps-*)» (*ob. cit.*, pág. 139, parágr. 93). En cambio son raras las secuencias «oclusiva final de palabra (tan sólo es frecuente en no átonas la *-t*) más *r* inicial», al margen de las particularidades articulatorias que ésta pueda tener.

<sup>30</sup> Sobre todo en torno a Plaut., *Rud.* 1028 *porci sacres*, con un supuesto *sac-* largo, donde S. Timpanaro, «Muta cum liquida' in poesia latina e nel latino volgare», *RCCM, Studi in onore di Alfredo Schiaffini* II, 1965, pág. 1084, sugiere ver una supervivencia en una expresión sacral y arcaica, contestado por F. Sommer, para el cual pertenece a una raíz distinta de la de *sacer, sacri* (F. Sommer, R. Pfister, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre* I, Heidelberg, 1977, pág. 209, parágr. 163, 2). Para otros pasajes, cf. G. Pascucci, «A proposito di 'muta cum liquida'», *SIFC* 38, 1966, págs. 41-62, o «Ancora sul problema di 'muta cum liquida'», *AGI* 60, 1975, págs. 59-73.

<sup>31</sup> W. A. Baehrens, *ob. cit.*, pág. 10.

trotraer el acento (de hecho, como se sabe, la mayoría de las sílabas tónicas en uno lo eran también en el otro), pero los diversos fenómenos de analogía —por ejemplo con los dobles vulgares de grupos donde entra la otra líquida, *l*, como *auricla*, *fundiblum* aducidos por M. Niedermann en el pasaje comentado—, la influencia de vocablos griegos que acentuaban la penúltima breve ante oclusiva más líquida del tipo *pharétra* o *kathédra* (vocablo que por cierto deja huella en romance<sup>32</sup>), el mantenimiento en toda la literatura de articulaciones heterosilábicas para los compuestos del tipo *ob/ruo*, *sub/ripio*, etc.; la propia tendencia popular a pronunciar con cuidado el grupo (al menos en determinados hablantes), que se refleja en esas reduplicaciones epigráficas ya mencionadas; y, en fin, las licencias en la cláusula hexamétrica<sup>33</sup>, justo donde coinciden tiempo fuerte y acento, favorecieron el mantenimiento de la tónica ante el grupo, que acabaría triunfando y que refleja como posibilidad admitida sin problemas Quintiliano<sup>34</sup>.

En conclusión, siguiendo una idea ya ampliamente difundida y aceptada por muchos, latín coloquial y literario debieron evolucionar paralela e independientemente, aunque con evidentes interrelaciones, desde una época situada aproximadamente en el siglo III a. C., «en el período en que las letras griegas comenzaron a ser importadas en Roma», como afirma E. Pulgramm<sup>35</sup>. Las influencias, ya lo hemos indicado, son más bien, desde estas fechas y durante mucho tiempo, del literario al coloquial, pero en el caso que nos ocupa la propia alternancia artificial y artificiosa de aquél impidió su influencia decisiva en esa equiparación acentual. Habría así que preguntar no por qué el literario no recoge la situación del coloquial, al menos por

<sup>32</sup> Pasa a ant. fr. *chaière* (que da luego *chaire* y *chaise*); ant. prov. *cazeira*; ant. esp. *cadira* (pasado después a *cadera*), it. dial. *cadrega*.

<sup>33</sup> E incluso en la ciceroniana. Vid. Th. Zielinski, *Philologus*, Supplem. IX pág. 761 sig., citado por F. Sommer, *ob. cit.*, pág. 209.

<sup>34</sup> A propósito del cual afirma E. Pulgramm que cuando un gramático antiguo no construye una teoría o escribe un tratado gramatical según el modelo griego, sino que en lugar de ello informa de lo que realmente dice, su pretensión de verosimilitud sin duda aumenta (*Latin-Romance Phonology: Prosodics and Metrics*, Munich, 1975, pág. 160). En el lado contrario está Servio, que dice textualmente al comentar Verg. *Aen.* 1, 384 ...*Libyae deserta peragro, «per habet accentum...; muta enim et liquida quotiens ponuntur, metrum iuuant, non accentum»*, cuando hay bastantes indicios de que en latín habido la acentuación era *perágro* a causa de la recomposición.

<sup>35</sup> E. Pulgramm, *ob. cit.*, pág. 121.

parte de los autores más próximos, sino más bien, por qué éste no coincide con aquél.

La respuesta, insisto y con ello termino, puede estar en esas alternancias articulatorias que reflejan, por distintas razones, tanto uno como otro.

MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA